



EL FUERTE DE SANTA BRIGIDA



EL FUERTE DE SANTA BRÍGIDA

Pinerolo, Agosto 83.



E recibido una agradabilísima visita, hace días aquí, sobre la colina de San Mauricio, en la quinta Accusani.

Me han entregado una carta y una tarjeta, diciéndome:

—Es un señor forastero.

Miro la tarjeta. Decía así:

”Emilio de Beaulieu, Comandante del 20.^{mo} Regimiento de Artillería.”

—¡De Beaulieu!—dije para mí.—Este nombre no me es desconocido.

Me parecía haberle escuchado ó leído pocos días ántes: pero no recordaba ni dónde, ni con qué motivo.

Sabiendo que los curas de las antiguas iglesias

de Pinerolo recibían á veces cartas de franceses desconocidos, en que se les rogaba hicieran pesquisas acerca de sus familias en los libros parroquiales del tiempo de la dominacion francesa, pensé que el mayor De Beaulieu vendría á Pinerolo con parecido objeto y acudía á mí con la recomendacion de un amigo, para que yo á mi vez le presentara al Párroco de San Mauricio.

Y no me equivocaba de mucho. Pero estaba bien léjos de imaginar la buena fortuna que me anunciaba la carta, de un amigo mio de París.

De Beaulieu era descendiente en línea recta de aquel valeroso De Beaulieu que gobernaba y defendió el fuerte de Santa Brígida, durante el famoso asedio de Pinerolo en 1693. Yo había leído y admirado sus hechos la semana anterior.

—"El Comandante—decía la carta,—volviendo de Turin en direccion á Francia, se detiene en Pinerolo para visitar los sitios donde combatió su abuelo."

¡Figuraos! Rodé por la escalera y me encontré delante de un agraciado jóven, como de treinta y cinco años, muy rubio, seco de carnes como un caballerizo, vestido de viajero, pero con elegancia. La voz me lo hizo inmediatamente simpático. Había combatido en Sedan, siendo teniente de ar-

tillería, en el cuerpo de ejército del general Wimpfen: estuvo dos años en África; no hablaba, pero comprendía el italiano.

—*Mais, c'est très beau ici.*—dijo despues de las primeras frases, señalando los montes.—Comprendo ahora perfectamente que el conde de Tessé se defendiera desesperadamente. Debía ser muy sensible para él y para todos los franceses abandonar esto.

Había dado ya una vuelta por Pinerolo con el plano de la ciudad fortificada en la mano, y se mostraba satisfecho por haber encontrado, á los primeros pasos, el edificio del antiguo arsenal.

—¿Con que debo serviros de *cicerone*?—le dije.—Desgraciadamente, no puedo enseñaros otra cosa que el camino.

No deseaba más. Había leído las relaciones militares del tiempo, especialmente la historia del Marqués de Quincy, brigadier de Luis XIV: ninguna particularidad del asedio le era desconocida.

—Nos ayudaremos recíprocamente—me dijo,—y poco despues tomamos el camino del Monte de Santa Brígida.

*
* *

Pero ántes de llegar sobre el terreno del asedio, creí oportuno hacerle una observacion conciliadora. Era preciso ajustar las cuentas de nuestro orgullo nacional. Y la cosa, por rara coincidencia, era admirablemente fácil. Teníamos, uno y otro, parte igual de satisfaccion en el recuerdo del asedio de Pinerolo, porque, si bien es verdad que los italianos y sus aliados habían conquistado el fuerte de Santa Brígida, no es ménos cierto que no lograron apoderarse de la ciudad. La gloria de los conquistadores del fuerte, dejaba íntegra y limpia la de los defensores de la ciudadela. Los aliados, por otra parte, no levantaron el asedio por desesperar de la victoria, sino porque estaba amenazada la retaguardia de Catinat. Las partidas eran, pues, iguales. Podíamos visitar el campo con el corazon tranquilo.

—¡Tapez!—respondió sonriéndose el Comandante extendiéndome la mano.

*
* *

Llegados al pié de la colina, donde se eleva la ciudadela, nos detuvimos á contemplar la llanura.

—¡Qué espléndido ajedrez!—exclamó el Comandante —¡Digno verdaderamente de la partida que se jugó!

¡Ah, sí! La partida era terrible. Tratábase de arrancar de manos del gran Rey, la libertad de Europa. Sobre esta bella colina hormigearon cinco ejércitos: piemonteses, ingleses, holandeses, alemanes del Imperio y de los Electorados, valdenses y protestantes de Francia, Víctor Amadeo II y Eugénio de Saboya, un tropel de generales de todos países, la flor y nata de la nobleza francesa y saboyana, treinta mil soldados que habían visto el fuego de veinte batallas; los franceses, encarnizados en la persecucion de los hugonotes y en la atrocidad del Palatinado; los piemonteses, furiosos por vengar la matanza de Cavour y los horrores de una guerra devastadora hecha á un tiempo con la espada

y con la horca; los anglo-holandeses inflamados con la ira de Guillermo III; casi todos los Príncipes mordidos en el corazón por el recuerdo de ofensas personales del Rey Luis; unos, excitados por el pensamiento de que aquel era el lado vulnerable de Francia, el único punto en que se la podía atacar con ventaja para invadir el Delfinado y la Provenza; los otros enardecidos por las excitaciones de su Rey, que consideraba á Pinerolo como su propia sangre y que colocaba sobre sus murallas la omnipotencia y la gloria de la Monarquía....

¡Por San Jorge; qué maravilla de espectáculo! ¡Digno, en verdad, de tener por espectadores las montañas de las cuales bajó la venganza de Aníbal y estalló la fúria de Carlo-Magno!

*
*
*

Un poco más adelante, saliendo de entre los muros del circuito de la ciudad, el Comandante se detuvo á admirar aquel monte de Santa Brígida, que se extiende con tan graciosa curva, su ancho flanco en la llanura. Los jardines, los emparedos, las malezas, los grupos de árboles, son tan espesos desde la cumbre á la falda, la vegetacion es tan exuberante, que las casas quedan medio escondidas como en un bosque. Y están esparradas tan pintorescamente por la pendiente las blancas factorías, las encarnadas, casitas suizas, torres, nidos ocultos de enamorados, pequeñas quintas reunidas como grupo de amigos, palacios pensativos en la soledad, filas de casas que parecen estar unas sobre otras en escalinata y alquerías de varios colores arrojadas al azar como un puñado de rosas y de camelias, que lamirada quiere fijarse á un tiempo en mil puntos distintos y la imaginacion se vé asaltada por mil caprichos de poeta y el corazón por mil envidias de socialista.

Así que hubimos pasado la villa Vagnone, De Beaulieu empezó á buscar los restos de reductos, que el Conde de Tessé, comandante de Pinerolo, hizo construir para unir la ciudadela al fuerte de Santa Brígida: eran tres reductos escalonados á lo largo de la pendiente del monte, á la defensa de los cuales se habían destinado cinco batallones de infantería bajados de Roca-Coltellodon de estaba acampado Catinat con la avanzada del ejército.

—Por aquí debía pasar el camino subterráneo,— me dijo.

Se refería al camino subterráneo de una extension lo menos de una milla piamontesa, que ponía en comunicacion el fuerte con la ciudadela.

—Es probable que siguiera las curvas del camino descubierto—añadió.—Debía parecer el infierno allá abajo, durante los combates, cuando se cruzaban gritando, al resplandor de los faroles,

los heridos llevados abajo desde la cima del monte, las compañías de refuerzo que subían corriendo, los ayudantes de campo que llevaban las órdenes del gobernador, los cañones puestos á salvo, los defensores de los reductos desmoronados que se precipitaban por el agujero mezclados con los prisioneros destrozados, mientras las bóvedas del subterráneo temblaban bajo los pasos de los enemigos y el silbido rabioso de las granadas.

De una cosa no sabía darse cuenta el Comandante y era, por qué los franceses no habían pensado mucho tiempo antes en construir un fuerte sobre la cima de aquel monte que tan terriblemente dominaba á Pinerolo; porque, es bien cierto que del fuerte de Santa Brígida no había todavía señales en Abril de 1692 ó que los trabajos noestaban al menos terminados el comenzar el asedio.

—¡Hé ahí San Pedro!—exclamó de repente señalando abajo, en el valle de Lemina, el hermoso pueblecillo medio oculto en la enramada.

Allí fué el primer combate, el 24 de Julio. Allí estaba el capitán Affs, del regimiento de Auvernia, cuando el Duque Amadeo cayó sobre él desde la colina con dos columnas convergentes, despues de haber destruido los otros puestos

franceses. Si no acuden á librarlo los granaderos de la ciudadela, estaba copado.

Y siguiendo hablando de este modo con aquella familiaridad de lenguaje y con aquellos detalles y vocablos técnicos que acercaban tanto los sucesos lejanos, me hacía la grata ilusión de visitar aquellos sitios pocos meses después de la paz del 30 de Mayo del 96, en compañía de un ayudante de campo del general Tessé.

*
*
*

Continuamos subiendo por en medio de las factorías y de las quintas. Todas aquellas casas, durante el asalto del fuerte, habían sido convertidas en otros tantos reductos, continuamente tomados y perdidos por los asediados y por los asediadores, arruinados por unos vueltos á levantar por otros en pocos instantes.

Era preciso á toda costa que los aliados desalojaran de allí á los franceses si querían cortar la comunicación del fuerte con la plaza. Enormes columnas de alemanes, de españoles y saboyanos se precipitaban sobre aquellos fuertecitos improvisados, de día y de noche y trababan luchas horribles entre los setos en las cras, en las habitaciones, donde combatían con las pistolas, con las espadas, con las culatas de los mosquetes, gritando, como almas en pena en seis lenguas diversas, no rindiéndose prisioneros sino acribillados de heridas y dejando el terreno cubierto de pedazos de armas, de

restos de armaduras de mechones de pelo, de charcos de sangre.

Los nobles piamonteses, el conde de Massel, los marqueses de Porella, de Caraglio, de Bernezzo hacían fulgurar sus espadas entre los primeros. El menor espacio de trinchera que se tomaba, costaba docenas de vidas de gastadores y soldados de línea; el más pequeño avance de batería, desencadenaba una tempestad de hierro y de fuego de los bastiones. La inesperada salida de la guarnición, llevaba alrededor la ruina y el incendio como la erupción de un volcán.

Zapadores, ingenieros, jóvenes voluntarios hugonotes, brillantes capitanes crecidos en la corte, veteranos encanecidos de diez guerras, viejos caballeros resplandecientes de oro y de seda caían de cabeza en los fosos, heridos en el pecho ó en la frente.

Tres mil hombres se dice que perdieron los asediados, solamente en los primeros quince días. Y no se estaba mucho mejor dentro del fuerte. Las bombas granizaban por tres partes; algunas veces trescientas en una noche.

La guarnición, formada desde un principio por cuatrocientos cincuenta soldados, escogidos entre los mejores de los doce batallones de Pinerolo, con

veinte sargentos y veinte soldados elegidos, mandados por el coronel Sesecribe y por el gobernador De Beaulieu, debía ser renovada continuamente.

Los bastiones, hacía poco tiempo construidos, pero perjudicados por la lluvia y por la misma artillería que los protegía, eran objeto de un trabajo continuo y precipitado de reparación.

Y con todo esto, el fuerte se mantuvo firme contra cuatro ejércitos por espacio de cerca de un mes.

*
*
*

Pero á medida que subíamos, y el terreno se iba haciendo más áspero y quebrado, el Comandante parecía siempre más dispuesto á admirar á los sitiadores.

—¡Cáspita!—decía deteniéndose para mirar alrededor.—¡Era empresa ruda! (*Une ruda affaire*).— Bombardeados por el fuerte, tiroteados por la ciudadela, granizados por los reductos, fulminados por las baterías móviles de Tessé... Necesitábanse pechos de bronce é hígados de acero para defender las trincheras. Sin embargo ¿quién sabe? Lo hubieran dejado todo por fuerza, si no hubieran sido por la presencia de los dos Príncipes saboyanos. ¡Estos eran dos campeones, Dios mio!

Sonré modestamente en nombre de los dos Príncipes. Con un extranjero viene rodado algunas veces, aun al último de los ciudadanos, imitar á aquel viejo sargento francés que decía:

—*L'Empereur et moi, ça ne fait qu'un.* (El Emperador y yo, no somos más que uno mismo).

Y puesto que me había dicho una cosa agradable, yo le dije á mi vez para devolverle el cumplido, que admiraba cordialmente, como un bello ejemplo de cómo puede conciliarse el orgullo del soldado con el respeto debido á un enemigo glorioso, la noble respuesta que el gobernador De Beaulieu había dado al Príncipe Eugenio, cuando este vino en persona á intimarle la rendicion, afirmándole que las comunicaciones entre el fuerte y la ciudadela estaban rotas. En lugar de embromar al *Rey Sol* con una desvergonzada respuesta de héroe de teatro, se contentó con enseñar al Príncipe el camino subterráneo, todavía libre, el foso desembarazado y las brechas tapadas, respondiendo respetuosamente:

—Vea Vuestra Alteza. Un soldado de honor no puede aun rendir la espada.

—No podía inspirar si no una respu esta noble, la voz del Príncipe Eugenio—repuso el Comandante— ¡Oh, el *Abattino!* Se admiraba con entusiasmo aquella simpática y extraña figura, aquel héroe jibosillo, que nunca habia dejado ver su joroba al enemigo, pequeño, ágil, terrible, con aquellos ojos del Napoleón de Meissonier, claros como diamantes,

con aquella nariz remangada, con aquella boca siempre abierta como para estar pronta á arrojar el grito de asalto. Debía meter el diablo en el cuerpo á sus regimientos cuando pasaba á galope con la bella cocarda azul sobre la coraza y arengaba á los soldados en cuatro lenguas, disimulando con una sonrisa el tormento de su vieja herida de Belgrado. Era una naturaleza admirable: audaz, obstinada, impetuosa, jovial. Nada le define mejor que la apuesta de cien doblones que hizo la tarde del primer sábado de Agosto con Víctor Amadeo; de hacerles oír misa en el fuerte de Santa Brígida, al alba del día siguiente.

con aquella nariz remangada, con aquella boca siempre abierta como para estar pronta á arrojar el grito de asalto. Debía meter el diablo en el cuerpo á sus regimientos cuando pasaba á galope con la bella cocarda azul sobre la coraza y arengaba á los soldados en cuatro lenguas, disimulando con una sonrisa el tormento de su vieja herida de

Llegado que hubimos á la cima del monte, el Comandante De Beaulieu reconoció el terreno de una ojeada.

—Aquí estaban colocadas las baterías de los alemanes, mandadas por el comandante general Schevreim; allí debía estar la trinchera de los mil setecientos ingleses al mando de Schomberg; allá abajo los españoles, con el coronel Las Torres. ¿Dónde está el pilar de la muerta?—me preguntó.

Le indiqué un grupito de casas donde se conservan los restos de un pilar sobre el cual estaba antiguamente representada una mujer, muerta allí una noche, de terror supersticioso á los espíritus.

—Hasta aquellas casas—dijo el mayor—llegaron el 26 de Julio, persiguiendo á los franceses desalojados de Frossasco, cinco mil soldados del Duque de Saboya. El fuerte estaba formado por cuatro bastiones y barría con sus fuegos, palmo á palmo